

58. Acción y contemplación

Volviendo ahora en el año 1833 y precisamente en el mes de enero, cuando Gaspar estaba predicando una misión en Zagarolo, un pueblito en el sur de Roma.

¿Quién no sabe cuánto, en los pequeños centros, habitados casi en su totalidad por pastores, campesinos y obreros, sean profundos los odios y frecuentes las venganzas? Un hombre, años atrás, había cometido un crimen realmente despreciable. Impulsado por el odio contra un compañero de trabajo, sin ser descubierto, le había llenado la casa con el tabaco robado; entonces lo fue a denunciar a la gendarmería por contrabandista y ladrón. El inocente pronto fue encarcelado y condenado a penas severas y multas; por lo que la familia había caído en la pobreza y en el deshonor.

No sólo es un asesino quien mata con un arma, sino también quien asesina al prójimo en el honor, además provocando la ruina de una familia entera.

Una noche el asesino moral, escuchando los sermones del Santo, no sostuvo más el remordimiento. Su voz penetró implacablemente en el alma y lo remeció. El predicador estaba diciendo que no es suficiente arrepentirse del mal cometido. Se deben hacer esfuerzos para no hacerlo más y a reparar las consecuencias derivadas del antiguo acto reprobable. Fue convincente y el dañador, durante la noche, fue capturado por la sana inquietud. No pudiendo más, se levantó y corrió a postrarse a los pies del Misionero, empezando con narrar la acción cumplida.

- *Sí, hijo mío, pero no basta arrepentirse. Es necesario reparar, devolver...*

- *Sí, padre, ¡devolveré hasta el último centavo de baiocco!* - Dijo el hombre que había ya madurado el propósito de hacer llegar a la familia una gran suma de dinero.

- *¡No, no es suficiente! Aquel hombre está en la cárcel, es inocente y deshonrado. Es necesario decir la verdad.*

- *Ay, esto no es posible. Después yo iré a la cárcel...*

- *Entiendo* - continuó don Gaspar, - *pero ¿Qué quisieras tú si él lo hubiera hecho a ti? Coraje, vamos donde los gendarmes a decir la verdad. Está oscuro, nadie nos verá.*

Después sentirás mucho gozo en el corazón. El juez comprenderá; será clemente, y sobre todo él, Jesús, te apretará en su corazón.

También el pobre calumniado, esa noche, saliendo de la cárcel, abrazó a su enemigo y lo perdonó, renunciando a la venganza.

¿No son estos quizás los milagros más bonitos de Gaspar en sus misiones?

* * *

El Santo casi detestaba el púlpito, muy por encima de la multitud, pegado a las paredes de las iglesias. Él quiso ser un misionero del pueblo; por lo que, aunque sus sermones tenían "quiebres de sublime elocuencia", quería que fueran un coloquio con los fieles. En el famoso *Método de las Misiones* dejado como legado a sus hijos, prescribió que fuera usado siempre el escenario y nunca el púlpito, y así quiso también que en todas las iglesias del Instituto estuviese el escenario permanentemente.

Tan pronto como se subía, se arrodillaba para besarlo, izaba el gran Crucifijo, que siempre llevaba con él, exponía la imagen de Nuestra Señora de la Preciosa Sangre y dejaba una calavera y la disciplina en cima del reclinatorio. Nada teatral, porque, decía: *"Son el Crucifijo y Virgen a dirigir la misión"*.

¡Cuánto amaba aquella multitud! Le gustaba ver a los fieles rodear el escenario, casi colgándose de su sotana y mantenía largos y ardientes coloquios con la gente, ¡a pesar de que era siempre él quien hablaba! La eficacia no se puede juzgar por los textos escritos que nos han quedado. Un Apóstol habla con la persona, sobretodo.

Escuchemos algún juicio sobre él como predicador, reuniendo los pareceres de muchos en un solo texto.

"Él tenía talentos tan extraordinarios que lo hacían no sólo un perfecto orador, sino también un verdadero apóstol de los tiempos. Fue llamado, por su palabra, "Terremoto Espiritual". ¡En el sermón del infierno la elocuencia de Gaspar era terrible y grandiosa! En la predicación, aunque sencilla, denotaba agudeza de ingenio y dialéctica. Estaba empoderado en el más alto nivel y con seguridad de la doctrina teológica, la Escritura, la Patrística. Tenía el don de la palabra y aunque predicara por lo general hasta doce veces al día, nunca se repetía. Poseía suma doctrina, fuerza de argumentación, claridad,

facilidad en el decir las cosas. Era vehemente, agradable, conmovía, inflamaba en el amor a Dios. ¡Era un apóstol Pablo revivido, un nuevo San Vicente Ferrer, el arca de ciencia, un río de elocuencia! ¡Era un encanto oírlo hablar!"

Incluso el clero de gustos exigentes acudía a escuchar sus sermones y las conferencias privadas con él, porque lo consideraban docto y santo.

Sabemos donde él sacara el poder de la predicación: de la constante unión con Dios. Preparaba sus sermones a los pies del Crucifijo. A aquellos que le preguntaban por qué, a veces, cambiase el argumento a penas subido al escenario, él contestaba: *"En ese momento el Señor me lo ha inspirado"*.

A estos sermones inspirados seguían sin falta conversiones extraordinarias de grandes pecadores presentes en la iglesia. Era eficaz, porque hablaba sólo de Dios y porque su palabra "estaba permeada de celo y suma unción". Cada una de esta dejaba pasar la voz de Dios dirigida al corazón y un llamado para no perseverar en el camino de la perdición.

¡Cuántas cosas maravillosas sucedían alrededor de ese escenario!

Casi siempre tenían que armar el escenario en las plazas, porque las iglesias podían contener la gran multitud. Cerca del escenario se apilaban armas, emblemas, estampas malas para hacer una hoguera. Allí se abrazaban jurados enemigos y familias enteras y poblaciones divididas por el odio; desde el escenario salía la voz del Santo, que a veces se escuchaba por varias millas de distancia, incluso por quien se encerraba en casa para no escucharlo. Rayos de luz envolvían en su esplendor el Crucifijo, la Virgen y el Santo. Allí arriba Gaspar se flagelaba hasta la sangre, haciéndose traer la estatua de la Virgen Dolorosa con el Cristo Yacente, de modo que incluso los pecadores más empedernidos corrían a pararlo y arrepentidos se tiraban a sus pies.

Sobre el escenario, no pocas veces, Gaspar hablando de la Sangre de Jesús, ¡Se iba volando en éxtasis!

* * *

Éxtasis significa estar fuera del lugar donde uno se encuentra. Indica el estado del alma privado temporalmente en el uso de los sentidos, absorta en la contemplación y la

unión con Dios. Es muy común en los santos, en los que la intensa contemplación del Creador provoca la total suspensión del ejercicio de los sentidos. No oyen, ni ven, ni perciben nada más que el objeto amado, ¡el Señor! Entre los muchos carismas de los que Dios enriqueció a Gaspar, también fue el del éxtasis, tanto que algunos escriben: *"Su oración fue un éxtasis continuo"*.

Durante los ejercicios espirituales dados a las Clarisas de Priverno, un día, hablando del inmenso amor de Jesús en entregarse a las almas en la Eucaristía, *"de repente quedaba fuera de sí" y las buenas hermanas quedaban encantadas en verlo así por largo tiempo. "Las llegaron a la mesa, y él se quedó de rodilla a los pies del altar. Más tarde, la sacristana entrando a la capilla para poner el aceite en la lámpara del santísimo sacramento lo vio inmóvil como una estatua, casi estuviera escuchando una voz proveniente del tabernáculo"*. La monjita cuidó de no molestarlo, pero luego, cuando fue a confesarse con él, ingenuamente, le preguntó cuánto tiempo había quedado raptado en Dios. Gaspar esquivó la pregunta respondiendo evasivamente: - *Nosotros debemos permanecer unidos a Dios siempre.*

Es unánime el testimonio de muchísimas personas cualificadas en afirmar que el Santo que; *"prolongaba la oración cuando podía retirarse tranquilo en su cuarto o esconderse en algún rincón de la iglesia sin ser molestado"*. *"¡Oh! ¡Qué tan dulce es la voz de Dios en nuestro corazón en el retiro de la oración!"* - solía exclamar. Eran dulces las jaculatorias que, en el ímpetu del amor hacia Dios, les fluían desde el corazón y le salían de los labios. San Vicente Pallotti afirmaba: *"Cuando Gaspar oraba era un serafín"*. Cuando, algo realmente inusual, no llegaba puntual a los actos comunes, sabían dónde buscarlo: ¡frente el tabernáculo! En San Felice pasaba largas noches de oración en la cripta.

En Todi, una noche, después del sermón, se quedó en frente del tabernáculo. Cuando llegó el momento de cerrar el templo, el sacristán hizo el usual recorrido, sacudiendo ruidosamente las grandes llaves para invitar a los eventuales retardatarios a salir. Vio entonces a Gaspar arrodillado, inmóvil como una estatua. Hizo "más ruido". ¡Nada! Se le acercó y lo sacudió una y otra vez, finalmente Gaspar "a las violentas sacudidas", volvió en sí. Se levantó, se disculpó y se fue serenamente. ¡Su rostro estaba radiante!



En el santuario de Nuestra Señora del Fosco, en San Felice de Giano, don Camillo Rossi, entrando en la iglesia, lo vio en éxtasis ante el altar. Queriendo bien asegurarse, lo llamó en voz alta y lo sacudió, "pero él no sintió nada".

Los éxtasis no se producían sólo en la iglesia. Don Giovanni Pedini y don Francesco Pierantoni afirman que se producían también durante el refrigerio y en particular cuando la conversación caía en la Preciosísima Sangre. Lo mismo ocurría durante los largos y frecuentes viajes de predicación. El gonfaloniero de Albano narra que, un día, lo vio en éxtasis, con la corona del rosario en la mano, en Piazza Montecitorio; se le acercó y le besó la mano, pero él no se dio cuenta.

Don Giovanni Pedini contaba que en muchas ocasiones, tocando a la puerta de su dejándola habitación no obtuvo respuesta, empujaba el umbral y Gaspar estaba allí en éxtasis ante el Crucifijo. Incluso monseñor Gregorio Muccioli afirma de haberlo sorprendido más de una vez. El Hno. Bartolomeo Panzini y otros que le estuvieron más de cerca en lo largo de su vida, afirman que muchas veces, llegada la hora de la predicación, mientras que la gente llenaba la iglesia en la espera de su llegada, se veían obligados a correr a llamarlo a su habitación, donde lo encontraban raptado delante del Crucifijo, ¡y él ni siquiera se percataba de su presencia!

Nadie puede extrañar que Dios haya concedido a Su apóstol un don tan extraordinario, leyendo lo que nos ha dejado por escrito el Merlini: *"Su corazón languidecía de amor por Dios; estaba deseoso de ser completamente suyo; anhelaba siempre más a su Señor... ¡Se necesitaba conocer en cual mar de amor divino navegase! Y esto lo puedo decir yo mejor que nadie, porque conocía su ser interior..."*.

¡El alma de Gaspar navegaba en el vasto mar de aquel Amor que la Sangre de Cristo había venido a encender en la tierra!